



JOSÉ MARÍA DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS

José María de Areilza y Martínez de Rodas

(1909 - 1998)

Señor Director, señores académicos:

Con profunda añoranza inicio estas meditaciones acerca del que fue nuestro brillante compañero en esta Real Academia, José María de Areilza, a pesar de haber transcurrido más de dos años del término de su vida activa. Porque si bien su cuerpo ha recibido cristiana sepultura hace escasamente unos días, el José María de Areilza que dio lustre a su apellido, el gran hombre, deslumbrante por su talento, ingenio, cultura, capacidad de seducción, y (no olvidemos eso en esta Casa, también por su pluma excepcional), había sido letalmente herido ya y convertida su antorcha en rescoldos, años antes de su muerte corporal, víctima de ese morbo cruel de nombre teutón, que ataca a la inteligencia, la memoria y la voluntad sin discriminar a quienes en tan alto grado las poseyeron. Una persona muy cercana a mí, quiso visitarle y sus hijos se lo desaconsejaron: “Es como un niño pequeño —le dijeron—. Y su estatura ha menguado y su corpulencia encogido tanto como su mente. Ni te reconocerá ni le reconocerás”.

Mas no es de la sombra de Areilza de lo que debo hablar hoy, sino de Areilza mismo, en la plenitud de su

formidable personalidad. Pero de entre todas sus facetas (Embajador en los puntos críticos y en los momentos críticos; político agudísimo en la restauración y en la transición; ensayista, memorialista, historiador, literato...) lo que me parece urgente destacar antes que nada es el profundo españolismo de este vascongado, con treinta y cuatro apellidos vascos en el frondoso ramaje de su genealogía, y que ahora ven acrecentados sus hijos, con la aportación del muy ilustre de Churruca, gloria de España y lustre de la nobleza euscalduna, heredero de Mercedes, condesa de Motrico, que fue su admirable esposa, y que le precedió unos pocos años en su muerte.

Y si me interesa destacar esa españolidad del hombre cuya memoria hoy homenajeamos es porque sin esta perfecta simbiosis de las raíces comarcales vancongadas en las profundas aguas subálveas españolas, su obra no sería entendible ni, para algunos desconectados, interpretable. No se me entienda mal. Su caso no es único. Solo que soy algo sensible al tema. Todos mis primos hermanos por línea materna —y que se apellidan Mújica, Baraibar o Azqueta— son tan españoles como lo fueron Maeztu, Baroja o Unamuno. Y otro gran vasco y gran español, también escritor, Jacinto Miquelarena, en carta dirigida a Antonio Espinosa Sanmartín (aquel Vicecónsul en Ginebra que le robó a Cipriano Rivas Cherif las memorias de Azaña), le escribe: Ningún vasco civilizado es separatista. El movimiento está hoy dirigido por los Sota y Llano (castellanos), por los Camiña (gallegos), por los Chalbaud, los Horn, los Mc Mahon (extranjeros de nariz sospechosa) —concluye—.

Y José Antonio Vaca de Osma, en su admirable libro *Los vascos en la Historia de España*, nos da tal nómina de vascos ilustres al servicio del proyecto común español, que hay que convenir que José María de Areilza en esto del españolismo es un caso incontestable, pero no único ni extraordinario ni excepcional. Lo absoluta, lo radicalmente excepcional es el comentario que, a su muerte, ha hecho un alto cargo

del gobierno autonómico de Vitoria al decir: “Hizo en su día un gran bien a España y un gran mal al País Vasco”, dislocación dialéctica que ni el propio José María con su gran inteligencia hubiese sabido entender —pues mal se compagina el bien del todo con el daño de una de sus partes—, salvo como diagnóstico para el que enunció la sandez.

José María de Areilza fue miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Real Española. Aparte de su radical españolismo —que me ha parecido imprescindible destacar, pues es común para el entendimiento de sus múltiples actividades—, considero que es aquella Academia a quien corresponde analizar su actividad política y diplomática, así como su meteórico paso por el Ministerio de Asuntos Exteriores (meteórico, como el rayo por lo deslumbrante, y meteórico como el rayo, por el corto lapso de su brillo), así como esclarecer el misterio de que cuando todo parecía indicar que iba a ser encargado como Jefe de Gobierno para presidir la transición política, fue preterido por quienes carecían, no digo de su talento —pues toda comparación es odiosa—, sino del formidable caudal de su experiencia, lo cual es obvio de puro evidente. Pero así como a aquella docta corporación hermana le atañe ocuparse de esos aspectos de sus vida pública considero que a la nuestra corresponde fundamentalmente recordar sus perfiles humanísticos, culturales y, sobre todo, literarios.

Aunque nunca concluyó la carrera de Medicina, que inició por instigación de su padre, gran médico y gran humanista también, sí consiguió doctorarse en Ingeniería Industrial, licenciarse en Derecho, dominar con rara perfección cinco idiomas y hacerse con un formidable bagaje de conocimientos históricos, literarios, clásicos, modernos, de alcance universal, acrecentados por sus innumerables viajes y por su ojo avizor de lince intelectual posado sobre cuanto veía, leía o escuchaba. Porque esto es importante afirmarlo ya: era un intelectual, un erudito, no especialista en algo concreto, sino de amplia

gama, como algunos antibióticos, que, a veces son los más eficaces. En la presentación que hizo de alguno de mis libros, como *Papeles para la Pequeña y la Gran Historia*, a la que asistieron algunos de los académicos aquí presentes, hizo gala de sutilezas inauditas, para matizar su propia posición sobre los hechos que yo narraba.

Esta armadura de sólida erudición quedaba patente en todos sus libros, que conservo muy generosamente dedicados en mi biblioteca, y entre los que me place destacar *Luis XIV, el Rey Sol; Figuras y pareceres; Embajadores sobre España; A lo largo del siglo; Escritos políticos; El París de la belle époque*, deseando olvidar “Reivindicaciones Españolas” que escribió en colaboración con su coterráneo, Fernando María Castiella, en el que si bien pone de relieve sus amplios conocimientos históricos, no deja por ello de parecer un libro oportunista más proclive a la autopromoción política y que parecía destinado —pecados de juventud— a un solo lector, olvidándose de la máxima de nuestro gran Ramón y Cajal cuando escribió: “si quieres dejar una gran obra para la posteridad, olvida que tus contemporáneos te han de leer”.

No voy a ocuparme de toda su obra por respeto al tiempo de que dispongo y a vuestra paciencia. Pero sí quiero referirme a algunos.

Cuando hace ahora diez años Editorial Planeta concibió su preciosa colección “Ciudades en la Historia”, encomendó a Néstor Luján *El Madrid de los últimos Austrias*, a Juan Goytisolo *El Estambul otomano*, a José María Gironella *El Jerusalén de los Evangelios*, a Gonzalo Torrente Ballester *El Santiago de Rosalía de Castro*, a mí *La ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, y a José María de Areilza *El París de la belle époque*. Es uno de sus libros menos conocidos, no obstante ser una joya, una joya no política sino literaria, en lo que no se sabe qué es más digno de admirar: si el rigor histórico, el caudal de divertidísimas y sabrosísimas anécdotas, la chispeante pulcritud de su prosa o la capacidad descriptiva

de lo ambiental, en lo que era un maestro. Siendo muchas las cualidades literarias del Areilza escritor, creo que su rasgo distintivo más destacado era precisamente éste, la agudísima observación para trascendentalizar lo nimio a través de la belleza de la descripción.

Piénsese que en su obra de memorias, titulada *A lo largo del siglo*, en la que se ocupa de momentos tan decisivos en su vida como sus embajadas en Buenos Aires, Washington y París; por cuyas páginas desfilan personajes tan importantes como Eva Perón, Conrad Adenauer, Alcalá Zamora, Alfonso XIII, Francisco Franco, el conde de Barcelona, Margaret Thatcher, Eisenhower, Kissinger, Hitler, De Gaulle, Adolfo Suárez o Felipe González, y un enorme plantel de pintores, músicos, literatos y hombres de ciencia de medio mundo, olvida la majestad de estas cumbres para recrearse en una mínima parcela donde, parodiando a Fray Luis, escribe que en ella

“por mi mano plantado tengo un huerto”

Se está despidiendo de la casa en que vivió treinta años, donde nacieron sus hijos y agonizó su mujer, sobre la Castellana (en lo que él llama la proa de Miguel Ángel), para trasladarse a otra, pues allí va a construirse lo que hoy es La Caixa. Bien; pues ese capítulo, en que dice adiós a su casa y a su jardín, cuando empieza a nacer la primavera, es de una asombrosa belleza literaria. “Esta primavera es la última de mi pañuelo de hierbas, que pronto ha de morir” —escribe—. La descripción de sus árboles (que van a ser inmediatamente abatidos), de sus rosales —de los que no olvida decir, como buen erudito, que son originarios de Persia y que fueron traídos a España por los árabes y los caballeros templarios—, de su castaño “que brota de repente, con sus grandes hojas plegadas como diminutos paracaídas”, de su magnolio “que lleva el calendario por su cuenta porque sueña con las Américas de donde vino”, son dignas no digo de un político culto, de un avisado diplomático, sino de un hombre de Letras, que es lo que a noso-

tros, en esta Casa, interesa destacar. Y, al despedirse de la última visita al que fue su hogar señala, como una mala premonición: "Y sobre el tejadillo, agazapado en la pinocha, un gato cimarrón, negro como la noche, me mira fijamente con el fulgor amarillo de sus ojos".

Repito: que la Academia de Ciencias Morales y Políticas, analice su obra pública y sus contradicciones o sus constantes. Mientras nosotros nos honramos al recordar que tuvimos entre nosotros a un gran humanista y brillantísimo literato.

TORCUATO LUCA DE TENA.